

de Camoens solicitó tomar parte en la expedición naval con que D. Juan III auxilió al emperador Carlos V contra el gran corsario Barbarroja, contando el poeta en ese tiempo apenas once años de edad.

En la infancia o en la adolescencia de los grandes hombres, cuántas veces aparecen estos tiernos y oscuros maestros espirituales, en muchos casos hasta de condición humilde y por eso mismo más tocante.

¡Lo que no debía Garrete, por ejemplo, a su vieja ama Brígida, que le contaba de niño los cuentos de «era una vez» y le recitaba las baladas del Romancero, virtuosa depositaria del tesoro de las tradiciones populares o hada disfrazada de aya de poeta, y de cuya influencia remota y viva vino a brotar nuestro Romanticismo!

Mucho había Camoens de tener debido a la influencia de un hombre como D. Bento, cuya personalidad nos deja adivinar, a través de la distancia, una naturaleza ardiente contenida en los límites de una orden monástica, un alma de caballero encerrada en el cuerpo de un canónigo reglar. Y tanto es así, que la leyenda se apoderó de su figura, poetizándola heroicamente, cuando nos refiere que él acostumbraba a rezar delante del túmulo del rey D. Alfonso Henriques. Cuenta un viejo agiologio que «estando, pues, cierto día recitando algunas devociones delante del sepulcro del Santo Rey, D. Alfonso Henriques se le apareció glorioso, dándole las gracias por cuán excelentemente se había portado en el cargo». Estas felicitaciones del primer monarca al antiguo Cancelario de la Universidad no son, como a algunos les podría parecer, una cosa cómica, por la simple razón de que son una cosa poética y con el alto valor de revelarnos que el monje D. Bento era por su naturaleza propio para ser poetizado por la tradición que lo dió como cumplimentado por la sombra gótica del guerrero.

Para que la poesía invente, a propósito de una persona, que ella fué cumplimentada por el Santo Rey D. Afonso Henriques, es, antes de nada, preciso que esa persona sea un poeta o un héroe; y, en efecto, no me consta que en los últimos tiempos ningún Cancelario de la Universidad, hubiese recibido los parabienes del rey. Entonces, en esta florida tierra, alegre, fresca y serena, como él dice de Coimbra en una canción que de aquí a poco recordaré, entre los nobles consejos de su tío, los estudios de Aristóteles, las largas lecturas en la librería de Santa Cruz y el sortilegio del paisaje, Camoens escribe sus primeros versos. Entre ellos figura una elegía que celebra el Viernes de Pasión, elegía tímidamente compuesta, que debe haber sido su primer ensayo importante, precedida de un soneto de dedicatoria a D. Bento de Camoens, y en la cual se encuentran estos tercetos dedicados a Jesucristo:

Recebe, pão da vida, este pequeno
sacrificio de mim, á sombra escrito
de hum alto freixo deste valle ameno.

E da-me tanta graça e tanto espirito
para que sempre louve, qual espero,
o teu saber profundo e infinito.

Tomára ser Virgilio ou ser Homero,
samente no saber, que foi divino...

«Tomara ser Virgilio ou ser Homero», escribe Camoens antes de los diez y ocho años; y este verso nos sugiere que desde su primera mocedad, por aquí mismo, a la orilla de este río, el poeta pensó en la «Epopéya». Pero las poesías de Camoens, de su tiempo de Coimbra, que más nos interesan, son sus redondillas de enamorado, versos de muchacho, canciones de estudiante. En las redondillas de Camoens se distinguen con facilidad las que

pertenecen al período de Lisboa, —versos de una galantería preciosa, glosando los motes de las veladas de los palacios de la Ribera, en que las damas son tratadas con cortesano respeto y en que se nombran a veces a las personas que los inspiraran;—y las que pertenecen al tiempo de Coimbra, de una encantadora y mas libre facilidad, lirismo dulce y malicioso en que continúa el fresco sabor de los «cantares viejos».

Pues, ¿qué es el célebre *Villancete de Leonor* sino el pequeño y adorable poema de la muchacha coimbricense, cuyo gracioso traje Camoens describe con tanta gracia y a cuya airosa figura ni siquiera le falta aquella cántara esbelta? Es el pequeño y adorable poema de todas las muchachas «hermosas y no seguras», las cuales, como esa linda Leonor quinientista que Luis de Camoens cantó, dejan siempre en la *saudade* de los que como él pasaron por aquí, algún recuerdo lleno de simpatía, un eco de voz cantado o una sombra de suave perfil:

Descalça vai para a fonte
Leonor pola verdura;
Vai fermosa, e não segura.

Leva na cabeça o pote,
o testo nas mãos de prata,
cinta de fina escarlata,
sainho de chamalote;
traz a vasquinha de cote,
Mais branca que a neve pura;
Vai fermosa, e não segura...

En otra canción que debe ser de la misma época, Camoens celebra a Leonor llorosa:

Na fonte está Leonor
lavando a talha e chorando,
a's amigas perguntando:
—¿Viste lá o meu amor?

Y probablemente coimbricense es también esta canción linda y leve en su ritmo de danza:

Menina dos olhos verdes,
por que me não vedes?

Elles verdes são,
e tẽmporusança
na cõr esperança
e nas obras não.
Vossa condição
não é de olhos verdes
porque me não vedes...

Estos y otros versos de Camoens exhalan el perfume de su mocedad en estos lugares vivida; y cuántas veces lo habían de afligir *saudades* de ellos en sus cruceros y destierros de Africa y del Oriente. Luego, su genio de poeta aquí desarrollado mereció la admiración más viva por parte de sus camaradas y de sus maestros, porque el mozo fué el escolar a quien incumbió escribir un acto para una de las representaciones dramáticas que en la Universidad se hacían en ocasión de las fiestas religiosas, conforme a la usanza de todas las Universidades de Europa. Coimbra tenía ya la honra de haber asistido a bellas veladas de teatro cuando Gil Vicente hiciera representar a D. Juan III, estando este rey «en la suya muy honrada, noble y siempre muy leal ciudad de Coimbra», en 1527, entre otras comedias, la de la *Devisa da Cidade*, represen-